

Acercándome, alejánd(r)ome...

La muerte es la máxima elocuencia del silencio. Una escritura punzante en la boca del estómago. Como dicen los que ya no hablan y que solo nos dejan la última expresión de su rostro como jeroglífico de una vida. El de mi padre era, por fin, pacífico; como solo en ciertos momentos de sueño o meditación Zen podía serlo; y es que sobretodo su vida fue de batalla. No de bajada.

Vivió a la velocidad que murió, con la existencia revolucionada, pisando a fondo, forzando a menudo la máquina. Adrenalina y endorfina en altas dosis que a sus acompañantes y pasajeros llenaba, tanto de alegría, como de vértigo. A pesar de su desafortunado pilotaje nunca nos accidentamos. A lo mucho caímos juntos de una mula atravesando veredas intrincadas en la sierra mazateca, trabajando como siempre por una causa. Yo tendría 4 o 5 años. Es de los primeros recuerdos que tengo.

Mi padre, Horacio Alejandro López López, fue un rebelde, literalmente, hasta la punta de cada pelo. Sus negros y gruesos cabellos se erguían buscando el aire fresco; huían de la multitud, la enredadera o la sumisión al cepillo. Despuntar o calvicie. Un espíritu afín a los tiempos libertarios en los que le tocó florecer, cuando la salvación debía ser colectiva o no sería. Fue hijo del sueño, un enceguecido por la luz como muchos en su generación; sin embargo sigo a Schwob en buscar al personaje, que lo fue sin duda, en su singularidad.

El y su hermano menor Carlos se metían debajo de las cobijas para escuchar *El Monje Loco*, o: *Apague la Luz y Escuche*. No era tanto mas oscuridad; sino amortiguar el volumen hacia afuera lo que intentaban. Como lo tenían prohibido, el terror se intensificaba por la eventualidad de que los cachara mi abuela. Creció con la radio y las radionovelas. No tuvo televisión; pero vio todas las películas de cartelera en las funciones dobles del Latino, Teresa y Bella Época. La radio, la música y el cine fueron pasiones constantes desde entonces.

Aprendió a manejar a los 12 años en los pantanos de Tabasco en vehículos pesados de doble tracción. Eso lo marcó mas allá de la cabina, en buena medida era atrabancado, habilidoso, desenfadado, sangolotero, confiado y temerario. Fue el último dueño de sus autos, no había manera de revenderlos.

Después de una secundaria alegre y desmadrosa en Villhermosa, mis abuelos se separan y el regresa a México a la prepa Uno... y a trabajar. Su hogar se desintegra. Javier, el tío materno le da empleo en sus abarrotes y al mismo tiempo lo vuelve partícipe del delito de disolución social al llevarlo a su primera marcha de apoyo a la revolución cubana, disuelta por los granaderos. Patrón, sibarita, dogmático y culto, el tío rico le enseña a beber buen vino, escuchar a los clásicos, leer a Marx y a Víctor Hugo, lo lleva al cine a ver a Fellini y Orson Welles. También lo explota. Tiempos duros y fértiles. Hacía el 65 ya en la universidad pudo pagarse él mismo un viaje a Nueva Orleans y al año siguiente a San Francisco.

Sus memorias compartidas en **etcétera** a los 40 años del movimiento del 68, nos dan abundantes detalles de esa época: Cineclubismo, activismo y el grupo Noyola. Su última colaboración termina con la frase: *“Y después ya nada fue igual...”* Mi jefe tenía toda la personalidad para volverse un guerrillero ¿Por qué no tomó las armas después del 2 de

Octubre? Según me dijo: yo fui la razón. Ya venía en camino, concebido en el verano de ese año. Después de abandonar la academia por un futuro administrativo en el Banco de México que insoportó a los 6 meses, liberó la mata, la mota y los enteógenos. Se volvió vegetariano, puso un restaurante en C.U. llamado *Ying-Yang*, estudió astrología y yoga.

Después, en 1970, viviendo en las islas, en su etapa de profeta de tiempo completo, conoció al maestro Zen Ejo Takata, su padre espiritual. Fue gracias a Fernando Felix, hermano de camino (quien por cierto hace 30 años falleció en otro accidente automovilístico), con quien y más buscadores de alternativas transitó a lo que sería un marxismo-zen aplicado al trabajo social con comunidades indígenas. Durante los 70's fue a formar parte de una comuna muy poco hedonista, comprometida y por momentos monacal llamada Trabajo y Solidaridad con las Comunidades Indígenas, el Superman TRASOCOIN. Ayudaban en luchas contra caciques, alfabetizaban, hacían letrinas, enseñaban a hacer leche de soya, asesoraban, gestionaban caminos o créditos, organizaban cooperativas... Gobernación nunca pudo probar que eran el brazo político de una guerrilla... porque no lo eran.

Meditación Zen, acupuntura, soya, herbolaria, homeopatía, ambientalismo, tecnologías apropiadas... todo lo alternativo posible y finalmente: las raíces culturales de Anáhuac. Todo ello bajo la guía de Ello Takata quien, en sus palabras, le enseñó a respirar, comer, y hasta a cagar. Por él fuimos a parar a Amecameca con la misión de crear allí un centro de educación para campesinos y para uso racional del bosque. No regresarían a la ciudad hasta haber concluido su tarea... y ahí se quedaron.

En los 80's coordina el programa *Nuestras Raíces* en Radio Educación, un programa dedicado a revelar el legado milenario indígena. El grupo congregado en torno a este proyecto viaja a Huautla; y de ahí, a otros planos de la existencia. Con ellos se vuelve parte de un grupo de producción audiovisual: TRACOM, Trabajadores de la Comunicación. Hacían radiodramas, audiovisuales, documentales, cápsulas y programas de participación ciudadana. En las madrugadas, en el 1060 de AM, fueron de los primeros en darle voz a marginados, campesinos, indígenas y excluidos; valoraron también sus saberes y cosmovisión. *Abriendo Surco y Del Campo y de la Ciudad* son ineludibles en la historia de la ciudadanización de la Radio Pública. Con ellos empecé a los 12 años a hacer radio y ya no la dejé. Mi padre siguió produciendo radio y audiolibros hasta 1999. Después se consagró al área natural Izta-Popo Zoquiapan hasta el 15 de abril. Nunca mandó al diablo a las instituciones, aprendió a utilizarlas.

Pocas páginas para lo mucho que hizo. Cronista Municipal de Amecameca, promotor cultural, Sorjuanista, pionero de la cocina Japo-mex, fandanguero, melómano, astrólogo, militante de causas nobles y perdidas, conversador, niño, guía de montaña y cuentero. Recibió en el 2007 el reconocimiento al Mejor Director de las ANP de la CONANP. Un hombre que bailó y no tenía por que irse tan rápido; pero llevaba prisa. Quizá escuchó demasiado *When I'm Sixty-four*...

Emiliano López Rascón.